



Plenitud en el Espíritu

1

**Carlos Aldunate, s.j.
Georgina Gamarra, m.m.**



CARLOS ALDUNATE, s. j.
GEORGINA GAMARRA, m.m.

Plenitud
en el
Espíritu

EDICIONES PAULINAS

Colección

RENOVACION

1

Con las debidas licencias

Inscripción N° 56.839

© EDICIONES PAULINAS

Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Impresor: Pía Sociedad de San Pablo

Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Enero de 1989

Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

Si estás en un momento de búsqueda y tu alma siente el vacío de la soledad, no desmayes. Hay algo maravilloso que puede llenarte plenamente. Es Cristo, Fuente de Vida, que quiere darte nueva vida llenándote de su Espíritu.

Hace muchos siglos Dios habló por medio de un profeta: "Cuando llegue el tiempo pondré mi ley en la mente de mi pueblo y la escribiré en su corazón; y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Todos me conocerán porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado" (Jer. 31, 33-34).

Estas palabras se realizan hoy día en muchos cristianos y pueden realizarse también en ti. Jesús dijo que venía para que todos tuviéramos vida y la tuviéramos más abundante (Jn. 10, 10). El quiere comunicarte esa vida que es su Espíritu.

En el librito que tienes entre las manos se te dirá lo que significa la plenitud de vida en el Espíritu Santo. Se indicará también lo que puedes hacer para prepararte para esa plenitud.

Entonces experimentarás la fuerza creadora que es el Espíritu Santo, porque tendrás experiencia de su acción: “Yo abriré los sepulcros de ustedes y los sacaré de sus tumbas” y de su aislamiento, de su tristeza, de su esterilidad, de su impotencia, de todo lo que los aísla, “y los llevaré a la tierra de Israel” (Ez. 37, 12).

ABRIRSE

Ante una plenitud

Tres clases de hombres

San Pablo describe tres clases de hombres que había en su tiempo y que tú podrás reconocer fácilmente hoy día por la manera como viven:

1) *Los paganos*: pudiendo conocer a Dios, “no lo reconocieron como Dios, ni le han agradecido. Cambiaron al verdadero Dios por otros dioses falsos” que son el dinero, el placer, la vanidad... (Rom. 1);

2) *Los cristianos de nombre*: por su vida llena de imperfecciones “no reciben las cosas que son del Espíritu de Dios”. Se consideran cristianos, pero son “como niños inmaduros en Cristo” (1 Cor. 2, 1-4; 3, 1-3);

3) *Los cristianos en plenitud*: que son “guiados por el Espíritu de Cristo. Viviendo por el Espíritu, andan también por el Espíritu” (Gál. 5, 18. 25).

Estos entienden lo que dijo Jesús a los apóstoles: “les conviene que yo me vaya porque si me voy, les enviaré el Espíritu de Verdad. El les enseñará todas las cosas” (Jn. 16, 7).

Estos experimentan también en sí mismos el desarrollo de los frutos del Espíritu. Estos son amor, gozo, paz, paciencia, bondad, rectitud, fidelidad, humildad y dominio de sí mismos (Gál. 5, 22-23).

¿Quieres tú también ser de estos cristianos que viven en plenitud? Es una plenitud que operará el Espíritu Santo en ti. ¿Quieres entender más estas maravillosas realidades y prepararte para ellas?

Jesús es fuente de vida

Jesús vino para darte vida más abundante, en todo sentido. El dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Yo soy el pan venido del cielo. Yo soy la luz del mundo. Yo doy agua viva. Yo soy la vid y ustedes son las ramas. Yo les comunico mi savia para que ustedes puedan producir fruto”.

De modo que si tú quieres vivir en plenitud, tienes que recurrir a Jesús. Sólo El puede hacer que se transforme realmente tu vida.

¿Cómo te transformará Jesús? No es obra humana sino divina. Es un don totalmente gratuito. Si tu lo quieres, Jesús te transformará comunicándote su Espíritu, el mismo Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. Ese Espíritu lo recibirás solamente a través de Jesús.

El Espíritu Santo

Al Espíritu Santo lo recibiste en el Bautismo, y desde ese momento continúa el Señor infundiéndote su Espíritu. Y este Espíritu comenzó en ti una triple acción:

1) Te hizo hijo de Dios, incorporándote al Cuerpo de Cristo; fuiste “librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de Jesucristo” (Véase Col. 1, 13);

2) Te comenzó a santificar, transformándote en imagen del Señor para que “lo reflejaras como en un espejo” (Véase 2 Cor. 3, 18);

3) Te llamó a contribuir al bien espiritual y material de tus hermanos para que se construyera el Cuerpo de Cristo, es decir el Reino de Dios (Véase Ef. 4, 1-16).

Pero, ¿puedes decir que tu vida es plenitud? Si te clasificaras en uno de los tres grupos

que menciona san Pablo, ¿te colocarías entre los que son “guiados por el Espíritu de Cristo”?

¿Por qué no gozas de una vida plena? ¿Por qué el Espíritu de Jesús no produce en ti la vida “más abundante” que nos vino a traer Jesús?

Obstáculos

1) *Ignorancia*. Quizás tu caso es como el grupo de discípulos de Efeso: “Ni sabíamos que existía el Espíritu Santo” (Hech. 19, 2).

2) *Falta de deseo*. Jesús siempre respetó la libertad ajena: invita a seguirla; invita a pedir el don de Dios; pregunta ¿qué quieres que te haga? Hoy El sigue invitándonos: “He aquí que estoy a la puerta y llamo...”; “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”.

Quizás sientes tú alguna atracción hacia una vida de plenitud en el Espíritu, pero tu deseo puede ser todavía muy débil.

3) *Falta de orientación*. Quizás tienes un gran deseo de vida nueva, pero no sabes cómo comenzar.

4) *Falta de apoyo comunitario*. Jesús insistió en que el Reino de Dios es comunidad en

que los hermanos se ayuden mutuamente. Si estás aislado, no podrás resistir los falsos valores del mundo y las inclinaciones de tu naturaleza herida por el pecado.

Medios indispensables

Aunque los obstáculos sean grandes, Dios quiere comunicarte una vida plena en su Espíritu. Dios te ama como si fueses el único para El.

Se proponen tres medios indispensables para vencer los obstáculos.

Oración diaria

Ante todo es necesario alimentar tu fe. Fortificar tu cuerpo cada día con el alimento, el sueño, el descanso; alimentas tu mente con el estudio y la lectura; cultivas las amistades dando tiempo a la convivencia. ¿Das tiempo a la conversación con Dios? Para una vida de plenitud tienes que dedicar un tiempo cada día a la oración.

En concreto, te propongo lo siguiente:

1.- *Comprometerse* a dedicar a la oración tres períodos al día. No es necesario que sean largos; propónte 10 a 15 minutos cada vez.

2.- *Elegir* el tiempo y el lugar: generalmente el mejor tiempo será al levantarte, algún tiempo en la tarde y antes de acostarte. El mejor lugar es donde puedas estar solo y tranquilo.

3.- *Prepararte* con el deseo. Es importante desear estos ratos de oración en que estarás solo con Dios; en que hablarás y escucharás la voz de El.

4.- *Organizar* tu oración de esta manera:

a) unos minutos de recogimiento, sabiendo que estás ante Dios y vas a conversar con El;

b) unas palabras de agradecimiento, porque Dios te da este tiempo de oración y te da unas palabras de El. (Estas palabras de Dios están en el apéndice de este librito).

c) Lectura lenta, en alta voz, del trozo que se te indica;

d) reflexión: ¿qué dice el trozo leído?, ¿qué aplicación tiene en tu vida?;

e) agradecimiento a Dios en voz alta, por su presencia, su palabra y su acción en tu espíritu.

Estas recomendaciones se dan sólo para que te sirvan como modelo. Tú mismo podrás introducir las modificaciones que te ayuden más. Si un trozo te ha gustado mucho, puedes reflexionar sobre él varias veces. No importa que los otros trozos se posterguen.

Comunicación fraternal

La Sagrada Escritura dice: “¡Hay del que se aísla!” (Ecl. 4, 10). En el Evangelio, Jesús le preguntaba a un enfermo por qué llevaba tanto tiempo, 38 años, junto a una piscina milagrosa en que muchos sanaban. El pobre hombre respondió: “Señor, no tengo quién me ayude...” (Jn. 5, 7).

Si quieres abrirte a la plenitud de la acción divina, necesitas encontrar ayuda en un grupo de cristianos que sean verdaderos hermanos para ti. El Espíritu Santo se manifiesta en el amor de una comunidad, porque dice Jesús: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt. 18, 20).

Los apóstoles se mantuvieron reunidos en unión con María, la Madre de Jesús, cuando esperaban la efusión del Espíritu Santo que les había prometido Jesús.

Los primeros cristianos se reunían con un solo ánimo de amor mutuo, y se ayudaban en lo espiritual y en lo material. Hasta ahora has luchado solo y te has esforzado sin ver resultados. Expresa tu amor a Dios sirviendo a tus hermanos (Stgo. 1, 27; Mt. 25, 31-46).

Busca, pues, la *compañía* de otros cristianos llenos del Espíritu de Cristo. Participa también de la liturgia de la Iglesia, de sus sacramentos y en especial de la Eucaristía. Participa en un grupo de oración.

Compromiso con el Señor

Tú tienes ya un compromiso; el que contrajiste en tu Bautismo. Allí prometiste, por medio de tus padrinos, que rechazabas al demonio con todas sus tentaciones, al mundo con sus falsos valores, y al pecado en todas sus formas.

Proclamaste también tu fe en Dios, que es Padre lleno de amor por ti; tu fe en el Hijo

que se hizo hombre para salvarnos en Cristo; tu fe en el Espíritu Santo que es Dios santificador. Tu fe significa la confianza en tu vida. Pero, hay algo más para ti. Las capacidades que Dios puso en ti desde toda la eternidad están como dormidas dentro de ti. Tú puedes gozar de la vida de Dios en forma más plena. Ayudado por la gracia de Dios entrégandole al Señor todos tus pecados, tus dudas y dificultades. El canceló todas nuestras deudas y nos hizo libres por su muerte y resurrección. Ya es tiempo que hagas un compromiso serio: tomes a Jesús por tu Señor, Tu Único Señor. Luego de tu entrega verás como el Espíritu te llena plenamente transformándolo todo en ti. La presencia de Dios se hará una realidad.

Procura cumplir tu compromiso apoyándote en el amor de Dios. "Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por El" (1 Jn. 4, 8-9).

Confianza en Dios

Dios te ha puesto un deseo de plenitud espiritual. Cuando Dios da esta clase de deseos, también contamos con su ayuda para que

estos deseos se hagan realidad. Dios es siempre fiel a sus promesas.

Puedes, pues, alegrarte ya y agradecer desde ahora al Señor por su bondad. Ten la seguridad de que siguiendo las indicaciones que te doy encontrarás al Señor y con El la verdadera plenitud.

Jesús nos dijo: “El Reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre encuentra ese tesoro va lleno de gozo para vender todo lo que tiene y comprar ese campo” (Mt. 13, 44). El Señor mismo es el tesoro que encontrarás y que te dará la plenitud en su Espíritu.

BUSCAR**Una madurez espiritual**

El Espíritu de Jesús es el que opera nuestra transformación. Recibimos ese Espíritu en el bautismo (1 Cor. 12, 13), pero podemos contristarlo (Ef. 4, 30) y podemos apagarlo (1 Tes. 5, 19). Podemos también entusiasmarnos con los dones y descubrir el crecimiento en madurez.

En la primera carta a los Corintios, san Pablo tuvo que reprenderlos: no les faltaba ningún carisma (1, 7), pero el apóstol se ve obligado a hablarles como a personas imperfectas e inmaduras (3, 1-3). Estaban ufanos con los dones recibidos de Dios, pero Pablo les recuerda que, sin el amor, todos esos dones nada aprovechan (13, 1-3). En seguida describe ese amor: se manifiesta en una serie de cualidades y es tan fundamental que viene a constituir el criterio de madurez (3, 4-11), precisamente de esa madurez que les faltaba a los Corintios.

Ahora bien, si el amor que describe san Pablo es la medida de la madurez, será maduro el cristiano que esté lleno de amor, o lleno del Espíritu, el que siempre infunde en nosotros ese amor con todas sus maravillosas manifestaciones (1 Cor. 12; Rom. 5, 5). De aquí viene la imagen de plenitud, la plenitud que corresponde en cada cristiano a su capacidad actual. Los Corintios habían recibido el Espíritu, pero no daban muestras de estar llenos del Espíritu.

Estas muestras de plenitud las describe san Pablo en su carta a los Efesios: “Manténganse llenos del Espíritu Santo. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cantos espirituales, cantando y alabando de todo corazón al Señor, dando siempre gracias a Dios el Padre por todas las cosas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, sometiendo los unos a los otros por respeto a Dios” (Ef. 5, 18-21).

Ser revestidos de Cristo

San Pablo menciona virtudes que el cristiano asume y usa como armas en la lucha contra el mal; habla también de un cambio de ser:

nos despojamos del hombre viejo para revestirnos del hombre nuevo, vestimos de Cristo y de sus virtudes; habla de la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros, de su crecimiento y plenitud en nosotros, habla también del fruto del Espíritu.

Son aspectos diversos de la redención operante en nosotros, por la cual el Padre nos traslada al Reino del Hijo de su amor, santificándonos por su Espíritu (Col. 1, 13; Rom. 5, 5).

1) *Las armas del cristiano.* Nuestra lucha no es tanto contra los enemigos materiales cuanto contra malas pasiones y malos espíritus. Por esto debemos revestirnos de las armas de Dios (Ef. 6, 11-12).

Inspirado sin duda en Isaías 59, 17 san Pablo enumera estas armas: coraza de la fe y de la caridad, casco de la esperanza (1 Tes. 5, 8), el cinturón de la verdad, la coraza de la justicia, el calzado del celo por el evangelio de la paz, el escudo de la fe, el casco de la salvación, la espada del Espíritu que es la palabra de Dios (Ef. 6, 14-17).

En 2 Cor. 6 describe su propia actividad de ministro de Dios como una lucha en que,

revestido con armas ofensivas, vence tribulaciones, necesidades, angustias.

2) *Despojarnos para vestirnos.* La lucha supone el manejo activo de las armas; pero también, más fundamentalmente, habernos despojado “de las obras de las tinieblas, para vestirnos de la armadura de la luz”, que equivale a “revestirnos de Señor Jesucristo” (Rom. 13, 12-14).

De hecho, todos los bautizados en Cristo nos hemos revestido de Cristo (Gál. 3, 27); pero se necesita de parte nuestra un esfuerzo para despojarnos del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, y para “revestirnos del hombre nuevo creado según Dios en la justicia y santidad verdaderas” (Ef. 4, 22-24). “todo el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo” (2 Cor. 5, 17); pero se requiere siempre nuestra voluntad para revestirnos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándonos unos a otros ya perdonándonos mutuamente... Sobre todo debemos revestirnos de amor, que es lo que nos une y completa todas las cosas (Col. 3, 12-14).

Este vestimos de Cristo, aun de sus sentimientos más íntimos (Fil. 2, 5), es lo que nos transforma, haciéndonos más y más como Cristo, reflejando en nosotros la gloria del Señor (2 Cor. 3, 18). Hay colaboración nuestra, como hemos visto, pero sobre todo hay una acción del Espíritu de Jesús (2 Cor. 3, 18).

Los frutos del Espíritu

“No se engañen ustedes... Lo que el hombre siembra, esto también cosechará. Si uno siembra lo que le agrada a la propia naturaleza, esa misma naturaleza le dará una cosecha de muerte. Pero si siembra lo que agrada al Espíritu, el Espíritu le dará una cosecha de vida eterna” (Gál. 6, 7-8). “Ustedes antes vivían en la oscuridad, pero ahora son luz en el Señor... Vivan como hijos de la luz. La cosecha de la luz es toda bondad, justicia y verdad” (Ef. 5, 8-9).

“Vivan según el Espíritu... La cosecha o fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (Gál. 5; 16. 22-23).

Si la fuente de nuestra vida es el Espíritu, debemos “dejar que el Espíritu nos guíe” (Gál. 5, 25); entonces aparecerán estos frutos que sobrepasan nuestras fuerzas. “¿Acaso podemos completar con nuestros propios esfuerzos lo que comenzamos en el Espíritu?” (Gál. 3,3)

Los nueve frutos del Espíritu Santo mencionados en esta carta a los Gálatas, pueden distribuirse en tres grupos: los que nos refieren a Dios, los que nos refieren a nuestros hermanos, los que se refieren a nosotros principalmente.

En la descripción de los frutos, miraremos los ejemplos que nos dejó Jesús. El era siempre el modelo que tenía ante la vista san Pablo, ya que la santificación del cristiano consiste en la conformación con Cristo, obra del Espíritu de Jesús en nosotros.

1) Amor, paciencia, benignidad. Estos tres frutos se refieren a nuestras relaciones con el prójimo.

a) Amor. Hay muchas clases de amor. Aquí se trata del amor que Jesús nos encomendó en la última cena: “Un mandamiento nuevo les doy a ustedes: que se amen unos a

otros como yo los he amado” (Jn. 13, 34). Jesús, con este amor, amó aun a sus enemigos, oró por ellos, murió por todos nosotros. La acción del Espíritu en nosotros nos capacita para amar con un amor nuevo, para perdonar de todo corazón, para devolver bien por mal, para sacrificarnos aun por los que son indiferentes a nuestros esfuerzos.

b) Paciencia. Es la virtud que nos enseñó Jesús en la parábola de los dos deudores (Mt. 18, 23-35) y es una cualidad del amor (1 Cor. 13, 4). Es la actitud del que ama, cuando se enfrenta con una persona o cosa que hace sufrir. Ocupa un lugar importante en lo que pide Pablo para los Colosenses: “que anden como es digno del Señor, agradándole en todo... fructificando y creciendo en el conocimiento de Dios, fortalecidos en todo poder... para toda paciencia alegre” (1, 10-11).

c) Benignidad. Es otra cualidad del amor (1 Cor. 13, 4) y equivale a suavidad. San Mateo usa esta palabra para la declaración de Jesús: “mi yugo es suave”, y san Lucas la usa en la frase: “El vino añejo es más suave o sabroso” (Lc. 5, 39), y, “El Padre celestial es bondadoso para los ingratos y malos” (Lc. 6, 35). Esta benignidad de Dios no es débil; inspiró nuestra

redención (Tit. 3, 4) y nos impele al cambio de corazón (Rom. 2, 4). Necesitamos esta suavidad fuerte en el trato con nuestros hermanos, cuando Dios quiere actuar a través de nosotros para llevarlos a la virtud. Es la que usó Jesús con Nicodemo, la Samaritana, Marta y María, los apóstoles, la pecadora. La benignidad desarma al agresivo.

2) *Bondad, fe, humildad.* Son tres frutos que se refieren principalmente a nuestras relaciones con Dios.

a) *Bondad:* o sea la cualidad de estar lleno de bien, sin sombras de mal, como se usa esta palabra en “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas” (Mt. 12, 35 y Lc. 6, 45). Bernabé fue “un hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe” (Hech. 11, 24); Tabita, una mujer “llena de buenas obras” (Hech. 9, 36). Esta cualidad de lo bueno es tan propia del Padre, que Jesús dice: “Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios” (Mc. 10, 18). El árbol bueno se conoce por sus frutos (Mt. 7, 17-18); cada cristiano ha de ser un “siervo bueno y fiel” (Mt. 25, 21).

b) *Fidelidad:* cualidad de cumplir lo prometido y de responder a lo que se espera de nosotros. La fidelidad de Dios es mencionada

en el Antiguo Testamento y en el Nuevo (Deut. 7, 9; Salmo 89, 1-8; 1 Cor. 1, 9; 2 Tim. 2, 13; etc.). Jesús es “sacerdote compasivo y fiel” (Hebr. 2, 17). La fidelidad incluye la sinceridad y la veracidad; tanto que “verdad” en la Sagrada Escritura muchas veces significa “fidelidad”. Jesús, “lleno de gracia y verdad” es la imagen perfecta de Yahvé, Dios de “amor gratuito y fidelidad” (Jn. 1, 14; Ex. 34, 6). La fidelidad de Dios es celebrada por María y por Zacarías en sus cánticos (Lc. 1), aunque no utilizan la palabra “fidelidad”: Dios es siempre constante y fiel en su amor a nosotros, aunque nosotros

Por otra parte, la fidelidad de Dios es el fundamento de nuestra fe confiada. La autenticidad de nuestra vida nos hace “testigos fieles” como Jesús (Apoc. 1, 5), aptos para predicar la fe con valentía. El Espíritu nos “santifica en la fidelidad” (Véase Jn. 17, 17-19).

c) Mansedumbre o humildad. El humilde se acepta como es, en su pequeñez ante Dios (véase Miq. 6, 8). San Pedro dice que “un espíritu de mansedumbre y tranquilidad es de mucho precio a los ojos de Dios” (1 Ped. 3, 3-4). Jesús se presenta como nuestro modelo cuando dice: “aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11, 25); nos dice

también “felices los de corazón humilde, pues ellos recibirán la tierra que Dios les ha prometido” (Mt. 5, 5). Mateo aplica a Jesús la profecía: “Mira, tu Rey viene a ti humilde, montado en una burra” (Mt. 21, 5). Esta cualidad nos lleva a lo más íntimo de Jesús: su obediencia (Fil. 2, 6-8).

3) *Alegría, paz, dominio propio*. Estos tres frutos del Espíritu adornan al cristiano en sus relaciones con Dios y con los demás, pero se refieren más directamente a él mismo en su persona.

a) *Alegría*: también se llama “gozo”, ya que no se trata de una alegría pasajera, sino de un sentido profundo de felicidad. Jesús nos dijo: “Alégrense y estén contentos porque van a recibir un gran premio en el cielo” (Mt. 5, 12); “Yo volveré a verlos a ustedes, y entonces su corazón se llenará de alegría, una alegría que nadie les puede quitar” (Jn. 16, 22); “hay alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que cambia de actitud” (Lc. 15, 10); en la última cena, Jesús dice a los apóstoles: “les hablo así para que se alegren conmigo, y así se llenen de gozo”; y luego, dirigiéndose al Padre: “que se llenen de la misma alegría que yo tengo” (Jn. 15, 11; 17, 13). El saludo del ángel a

María fue un “alégrate” (Lc. 1, 28); el saludo de María a Isabel hizo que saltase de gozo el niño en sus entrañas; el cántico de María fue de alabanza y gozo. Felipe trajo “muchísima alegría” a los Samaritanos con la predicación del Evangelio; Pablo dejó a los antioqueños “lentos de alegría y del Espíritu Santo” (Hech. 8, 8; 13, 52).

b) Paz. Jesús vino en una misión de reconciliación “haciendo la paz, por medio de la sangre de su cruz, entre lo que está en la tierra y lo que está en los cielos” (Col. 1, 20). Comunicó su paz: “Me despido de ustedes en paz. Les doy mi paz, pero no la doy como dan la paz los del mundo” (Jn. 14, 27). El día de la resurrección, sus primeras palabras a los apóstoles fueron: “Paz a ustedes” (Jn. 20, 19). En el sermón del monte declaró: “Felices los que procuran hacer la paz, pues Dios los llamará hijos suyos” (Mt. 5, 9). Para los israelitas, el concepto de *paz* encerraba la satisfacción de todas las aspiraciones humanas, la completa felicidad. Jesús nos ofrece esa felicidad en él (Jn. 16, 33).

c) Dominio propio: se refiere al autocontrol y disciplina que necesita el cristiano para dominar los movimientos desordenados de

sus instintos, sus sentimientos y sus pensamientos. San Pablo propone la comparación con el atleta: "Corran ustedes de tal modo que alcancen el premio. Todos los que se preparan para competir, se controlan y someten a disciplina en todo" (1 Cor. 9, 24-25).

Resumen: Los frutos del Espíritu son manifestaciones de una plenitud de Jesús en nosotros: "en ésto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu" (1 Jn. 4, 13). Estos frutos pertenecen a la santificación del cristiano, es decir, a la acción de Dios que lo acerca a sí y transforma en imagen de su Hijo divino (2 Cor. 3, 18). Se diferencian de los dones que son también acción de Dios, pero en orden a la edificación de la Iglesia (1 Cor. 14, 4).

Los frutos que menciona san Pablo en Gálatas no son las únicas manifestaciones del Espíritu santificador. Hay que recordar también los dones espirituales que enumera Isaías (cap. 11), la sed de oración, el amor por la palabra de Dios, etc., cuya experiencia es tan común después del Bautismo en el Espíritu. Pero la lista de san Pablo ciertamente encierra los rasgos que más caracterizan al que anda en el Espíritu.

Textos Bíblicos para reflexión

- Día 1º – Mateo 3, 1-11
 – Juan 3, 1-20
 – Juan 4, 7-26
- Día 2º – Lucas 4, 14-21
 – Romanos 6, 3-11
 – Juan 6, 53-58
- Día 3º – Mateo 5, 1-12
 – Mateo 6, 24-34
 – Mateo 13, 44-45
 – Lucas 18, 18-30
- Día 4º – 1 Juan 4, 7-18
 – Lucas 10, 25-37
 – 1 Corintios 13, 1-13
- Día 5º – Mateo 6, 5-13
 – Lucas 11, 9-13
 – Marcos 11, 22-26
- Día 6º – Juan 14, 22-27
 – Lucas 24, 36-49
 – Hechos 2, 1-21

- Día 7° – Hechos 10, 1-48
 – Romanos 8, 9-17
 – Efesios 4, 17-32
- Día 8° – Efesios 4, 1-16
 – 1 Corintios 12, 4-22
 – Mateo 25, 31-46
- Día 9 – Filipenses 2, 1-11
 – 1 Corintios 2, 1-16
 – Juan 15, 18-27
- Día 10° – Lucas 1, 26-38
 Lucas 1, 39-56
 Juan 2, 1-12
- Día 11° – Juan 13, 1-20
 – Romanos 12, 1-21
 Lucas 17, 7-10
- Día 12° – Hechos 2, 41-47
 Hechos 9, 1-22
 – Hechos 16, 11-34
- Día 13° – Jeremías 31, 31-34
 – Jeremías 32, 37-41
- Día 14° – Ezequiel 36, 26-30
 – Isaías 61, 1-10

Días siguientes:

Repasa lo que más te ha movido; además intérate por leer todo el Nuevo Testamento. Reflexiona sobre los trozos en que más te habla el Señor y asiste a un grupo de oración.

Recuerda que la Plenitud en el Espíritu Santo, es sólo el comienzo y como Jesús en el desierto serás tentado. El diablo sabe que tú serás un buen instrumento de Dios, ahora que empiezas esta vida nueva. Cuídate de sus dos tácticas más comunes:

1. Te dirá al oído: “Tú estás lo mismo que antes. Contigo no pasó nada”. Esto lo hace para robarte lo que acabas de recibir y no tengas tiempo de gustar los dones de Dios en ti. Te llenará de dudas para hacerte caer con facilidad. Estando con Jesús nada tienes que temer.

2. Si le falla la primera táctica te dirá: “Tú has recibido todos los dones de Dios. Lo tienes todo, no necesitas de una comunidad de oración”. El enemigo sabe que en la lucha será más fácil vencerte si no cuentas con tus her-

manos que te soporten y te levanten en los momentos difíciles. Recuerda que Dios tiene ya la victoria ganada para ti.

Muchas personas después de recibir la Plenitud en el Espíritu Santo se ven con más claridad. Gustan más de la oración y de leer la Biblia. Pero también a veces descubren tendencias negativas causadas por traumas de la niñez, no es de alarmarse. Es la mano del Señor que con amor nos va sanando para hacernos íntegros; si te ves en esta situación invita a Jesús a tocarte en esos momentos difíciles. Jesús es el único que puede ir al presente, pasado y al futuro. Busca la Sanación Interior recordando que para Dios *no hay nada imposible*.

INDICE

Introducción	3
--------------------	---

I Parte: ABRIRSE

Ante una plenitud	5
Tres clases de hombres	5
Jesús es fuente de vida	6
El Espíritu Santo	7
Obstáculos	8
Medios indispensables	9
Oración diaria	9
Comunicación fraternal	11
Compromiso con el Señor	12
Confianza en Dios	13

II. Parte: BUSCAR

Una madurez espiritual	15
Ser revestidos de Cristo	16
Los frutos del Espíritu	19
Apéndice	27
Días siguientes	29

COLECCION "RENOVACION"

1. Plenitud en el Espíritu - *Carlos Aldunate, s.j.*
Georgina Gamarra, m.m.
2. Amar y perdonar - *Roberto de Grandis,*
s.s.j.
3. Oración con Jesús - *Roberto de Grandis,*
s.s.j.
4. Liberación en Cristo Jesús - *Salvador Carrillo Alday, m.s.p.s.*
5. Sanación de recuerdos - *Hna. Paula Van Horn*
6. Crecer en la oración - *Roberto de Grandis,*
s.s.j.
7. Grupos de oración - *Mons. Alfonso Uribe J.*
8. Carismas en los Grupos de Oración - *Robert Michel, o.m.i.*
9. Reconocer el espíritu - *Jacques Custeau, s.j.*
10. Los Sacramentos - *Briege Mckenna*
11. Vivir con el espíritu - *P. Philippe, o.s.b.*
12. Conocer, amar y servir - *Hna. Briege Mckenna*